

# EL ROMANCE DEL CORREDERA: VEINTE AÑOS DE UN ESTRENO

MANUEL GONZÁLEZ ORTEGA

A María Teresa León, olvidada para la Historia por la tupida sombra de la obra y la gracia gaditana de Rafael Alberti, su marido, se le atribuye una frase que nos parece muy afortunada. Dice así: *Mi Patria son mis amigos*. Por eso no es de extrañar que una parte de nuestra Patria, cuando empezábamos a darnos a conocer bajo el nombre de Mestisay en los ambientes musicales de nuestra isla, se encuentra ligada para siempre a la puerta de una imprenta de la capital. A la imprenta Lezcano fuimos a tocar un día en busca de un poeta y un romance. Pedro Lezcano trabajaba allí, en mitad de un ordenado caos, aún con el rictus y las formas que había practicado en su modesta clandestinidad intelectual durante los años del franquismo.

Teníamos entre manos, para una tercera entrega discográfica, materiales musicales entresacados del romancero tradicional de Canarias. Los viejos romances, a los que dimos la cara B de aquel disco que después grabaríamos, contaban historias de incestos, de caballeros, de adulterios. El *Romance del Corredera* ocurrió, como quien dice, el otro día, a pocos kilómetros de donde vivíamos y aún era recordado en la memoria chica de las islas. Pedro Lezcano lo había escrito la misma noche, en el transcurso de vigilia cívica montada en casa del también poeta Agustín Millares, coincidiendo con el ajusticiamiento en garrote vil de Juan García *El Corredera*,

escondido durante casi dos décadas en el interior de Gran Canaria de las causas por las que lo perseguía la justicia militar. Lezcano, obviamente, no pudo firmar el *Romance*, pero inmediatamente comenzó a circular de forma clandestina y anónima. Su olfato creativo no le falló: quiso escribir una especie de romance de pliego – sabiendo que aún eran del gusto del pueblo llano- ayudando a elevar a la categoría de mito popular a Juan García.

El *Romance del Corredera*, en su versión literaria original, me parecía demasiado largo. Había que adaptarlo a un tamaño más cómodo para la versión musical. De eso nos encargáramos Francisco Medina Lezcano, antiguo miembro del grupo, y yo mismo. El *leiv motiv* musical surgió del conocimiento que tenía de una pequeña obra para instrumentos de pulso y púa, *Mi arrorró* cuyo autor era el veterano laudista Pedro Vega.

Mario Rodríguez, guitarrista del grupo en aquellos años, se encargaría de adaptar y componer algunas melodías que ajustamos al texto de Lezcano, al que también quise musicalizar con algunas canciones tradicionales como *La Meda* o los cantos de los *Ranchos de Ánimas* para la parte del canto final. Obviamente, y creo que sin que sea desmerecedor reconocerlo, *El Romance del*

*Corredera* es hijo de otras cantatas populares anteriores a su nacimiento: desde *las Sentencias del Tata Viejo* de Quilla Huasi, hasta la de *Santa María de Iquique* de Quilapayún, pasando por la *Cantata del Mencey Loco* de Los Sabandeños.

El *Romance del Corredera* viajó con nosotros hasta ciudades y teatros insulares, peninsulares y americanos con éxito parecido al de su estreno en el Teatro Pérez Galdós.

Creo que Pedro fue muy feliz en aquella vida nómada y bohemia que le proponíamos a ratos. Nosotros también porque nos dio la posibilidad de vivir y aprender de su bonhomía, de su humanidad, de su insobornable fe en la posibilidad de construir un mundo mejor. Veinte años después de su estreno, el *Romance del Corredera* se vuelve a presentar en la ciudad donde nació para rendir homenaje al poeta y al amigo. Esta vez con un vestido nuevo, un esmoquin sinfónico hecho a medida para la Orquesta y los coros de la Filarmónica de Gran Canaria por Héctor González, sabio y cumplido arreglista y orquestador tinerfeño.

Volver veinte años después las páginas del *Romance del Corredera* supone sobre todo, regresar a la Patria, la Patria de los amigos, donde habitaba y aún habita Pedro Lezcano.



Pedro Lezcano.  
Retrato de M. Millares